

convertirlos en utensilios. Ningun antropoideo ha sabido jamás servirse de un palo, ni utilizar una estaca, ni encender fuego, ni construirse un abrigo que no sea á la manera de un nido (1). Los negros oceánicos que tienen su vivienda en los árboles ó duermen bajo un haz de ramaje adosado á una peña, lo hacen por pereza ó indiferencia mas bien que por incapacidad.

Los salvajes mas inferiores que se conocen tienen algunas nociones de dibujo: y cuando menos saben trazar una cruz ó un círculo en imitación de los objetos que tienen á la vista, por lo cual no damos gran crédito al hecho contado por Oldfield, de que los australianos occidentales no sabían distinguir la figura de un árbol de la de un buque; por el contrario, en la misma region han notado otros viajeros cierta capacidad intelectual en estos mismos indígenas: debía tratarse de un caso particular para el cual se encontraría fácil explicación.

Todas las razas humanas tienen el sentimiento de la coquetería ó del adorno. En los países civilizados está mas desarrollado en la mujer; en los salvajes, lo está en el hombre. Unos se pintan el cuerpo ó se cuelgan objetos de las orejas ó del cartilago nasal; otros se tiñen el cabello ó se aguzan los dientes anteriores. En los monos reducidos á la domesticidad se ha observado una cosa análoga. Muchos pueblos no saben contar mas de dos, estando menos favorecidos por este concepto que la urraca, la cual cuenta hasta tres, y segun otros, hasta doce. Pero todos tienen la noción del número. Sin embargo, un bosquiman, aunque relativamente inteligente, era incapaz de sumar uno y uno.

El hombre no se distingue en nada de los animales por lo que respecta á la familia: es monógamo ó polígamo y la mujer poliandra como ellos. El gorila y el chimpancé son monógamos, muy celosos de la fidelidad de sus esposas y atentos para con ellas. El hombre se une como ellos sin escrúpulo con sus semejantes. Prodigia sus cuidados y cariño á sus hijos aun despues de trascurrida la época de la lactancia y hasta que pueden bastarse á sí mismos. Si prolonga estos cuidados hasta la pubertad y aun mas, es consecuencia de los hábitos sociales. Las ceremonias que las tribus salvajes celebran con motivo del tránsito de la infancia á la adolescencia marcan el momento en que el hombre adquiere su independencia. El amor maternal, con todos sus caracteres de abnegación ciega, existe ó falta por una y otra parte sin que se pueda indicar diferencia alguna. Las mujeres de los salvajes lo mismo que las hembras de los animales paren solas, sin auxilio ajeno. El padre es dueño de la vida de sus hijos: practica el infanticidio á su albedrío sin recatarse, lo mismo que el hijo se desembaraça mas adelante de sus padres ancianos y valetudinarios. Por ejemplo, los Todas matan á sus hijas recién nacidas, como inútiles en exceso, del propio modo que matan sus búfalos machos menos uno, porque no dan leche. En el estado natural, la utilidad se antepone á todo, y el hombre, en su calidad de mas fuerte, lo subordina todo á sus necesidades, todo, hasta la familia. Fuerza es confesar que en el estado social, sucede poco mas ó menos lo mismo, siquiera con apariencias menos duras; el egoismo bien entendido es el móvil casi universal, estando limitado únicamente en sus efectos por las leyes ó por la educación.

El hombre vive en sociedad porque se ve impelido á ello como muchos animales, porque, dotado del lenguaje y de

(1) Livingstone ha visto uno de estos nidos toscos, fabricado por un chimpancé, el *soko*. Du Chaillu ha visto otro chimpancé, el *troglodytes calvus*, construyéndose una especie de tejadillo circular en los árboles. El teniente Cameron refiere algo análogo, pero deben aceptarse sus relatos con reserva.

facultades intelectuales elevadas, necesita ejercitarlas, pero tambien vive así porque le es mas fácil satisfacer sus necesidades materiales y conseguir mayor suma de bienestar. La emulación que de ello resulta es la causa mas poderosa de los progresos realizados en el trascurso de los siglos tanto en el órden físico y en el moral como en el intelectual. Cuanto mas considerable es la aglomeración, mas aglomeraciones rivales se presentan, y mas viva es la lucha y el progreso mas rápido.

Muchos animales buscan tambien la sociedad de sus semejantes y asocian sus esfuerzos. Tales son el castor, el búfalo, el perro de Australia, el caballo, la molondrina, la abeja y la hormiga. El *soko*, antropoideo de las orillas del rio Luabala, vive en manadas de diez individuos. Muchas especies de monos eligen, á la manera del hombre, un jefe que dirige sus operaciones y al cual obedecen. Los aulladores ó micetes, de la familia de los cebús, celebran asambleas en las que uno de ellos habla horas enteras en medio de un silencio general, seguido de gran agitación que cesa tan luego como el orador vuelve á hacer uso de la palabra. Otros monos se organizan para asolar una comarca; divididos en pelotones, unos saquean, arrancan las hortalizas, otros forman cadena para pasárselas de mano en mano, mientras otros se apostan de centinela, y á la menor señal de alarma, avisan á los demás y huyen todos. Háse observado que si por acaso se los sorprende por culpa del centinela, durante la noche reina gran bullicio en el bosque inmediato, y á la mañana siguiente se encuentra el cadáver de uno de los merodeadores, ejecutado por sus cómplices segun toda apariencia.

Uno de los rasgos característicos del hombre es, segun se ha dicho, la religiosidad, es decir, la «facultad de creer en algo que esté por encima del conocimiento humano.» ¿No sería mejor definirla diciendo que es el impulso interior que induce á individualizar lo desconocido convirtiéndolo en objeto de adoración? (2) Pero lo cierto es que muchos individuos, aun entre los mas civilizados, no tienen esta creencia ni este impulso, y se contentan con vivir sin cuidarse de lo que no comprenden, careciendo de miedo, de admiración y de gratitud, estos tres móviles de toda concepción religiosa. Tribus, pueblos enteros viven sin religión, sin culto, y solo creen en los hechiceros ó en los fetiches. Verdad es que se ha mezclado con la religiosidad toda clase de supersticiones; pero algunas tribus de Africa ó de la Melanesia ni siquiera son supersticiosas (3): la felicidad ó la desdicha no alteran su ánimo, y si tras una larga abstinencia tienen la suerte de obtener algunos buenos víveres, los comen sin pensar en otra cosa. En esto, el hombre es inferior al perro, cuya abnegación y fidelidad á la persona que le da el pan cotidiano no reconoce límites, y á la cual considera como un Dios mas bien que como un amo. Este animal cree seguramente en alguna cosa superior á él. ¿Se sabe por ventura si esas avejillas que cantan al salir el sol no se sienten impulsadas por una fuerza interior á celebrar la naturaleza y las infinitas satisfacciones que les concede? Esto es muy parecido á la adoración.

(2) Es imposible aceptar la religión en el estricto sentido de la facultad de concebir un Dios; por tal concepto la mitad de la población del globo carecería en absoluto de ella. Concretándonos al budhismo, diremos que hay 300 ó 400 millones de sectarios de «esta religión sin Dios, basada en la caridad hasta la locura.» (Laboulaye.)

(3) Nada exige tanta calma é imparcialidad como las investigaciones sobre el estado moral y religioso de los salvajes. Burchell ordena á su intérprete dirigir dos ó tres preguntas á los bosquimanes, y deduce al punto «que son unos bestias porque no han contestado á la sencilla pregunta: ¿Qué diferencia hay entre una buena y una mala acción?» Los casos de este género son muy comunes. En otras partes, algunos viajeros menos

Solo el hombre tendría la noción del deber, noción «moral». ¿Será esto cierto? Y en primer lugar ¿de qué moral se trata, de la de los pequeños ó de la de los grandes, de la de las leyes ó de la natural? En una notable obra inglesa se sostiene que la moral es esencialmente variable, progresiva y perfectible; que es un reflejo de las necesidades, de los usos y de los centros; que lo que es bueno aquí es malo allá, como por ejemplo cuidar de un padre enfermo ó enterrarle vivo. Su radio, dice el autor, se ha extendido á través de las edades desde las razas inferiores á las superiores; no comprendiendo al principio mas que la familia, propagóse despues á toda la tribu; y lo que era malo en el seno de la una, era malo respecto á las demás. De aquí se difundió y ha llegado á ser internacional. «Moral ó ética, dice M. Tylor, significa el acto de conformarse con las costumbres (*mores*) de la sociedad á que se pertenece. No hay en el mundo dos razas que nieguen exactamente la misma regla de moral, pero cada cual tiene la suya, á la que da su sanción la opinión pública.» ¿Es necesario recordar que hoy, en plena Europa, las reglas de la moral cambian en caso de guerra? Su criterio mas acertado, «no hagas á otro lo que no quieras que te hagan,» se aplica á los animales lo mismo que al hombre. El perro sabe que para no ser mordido debe no morder, y obra en consecuencia: tambien tiene su moral.

Añádese que el hombre tiene la conciencia de lo que los filósofos llaman «el yo,» es decir de sí mismo, de su personalidad; y sería extraño que los animales no la tuviesen tambien. El hombre posee el sentimiento de lo bello, de lo justo, es verdad, solo que tiene muchas maneras de concebirlo; busca las relaciones de causa á efecto; y el animal tambien. Tiene la espontaneidad, la voluntad, el privilegio de elegir entre dos pesos y apreciarlos bajo su punto de vista; pero ¿sucede otra cosa por ventura con los animales? El hombre carece hasta del privilegio de la locura.

M. Houzeau ha desarrollado perfectamente estas reseñas en sus dos volúmenes sobre las «facultades mentales» de los animales; pero antes de él, Prichard, el mas ortodoxo de los antropólogos, habia abierto ya un largo capítulo sobre sus facultades psíquicas (*psychical endowments*.) Por lo demás, una obra de la «Biblioteca de las ciencias contemporáneas» tratará de todas estas cuestiones.

Mas para el antropólogo ó el naturalista frio y exento de preocupaciones, la conclusion es evidente: entre el hombre y la generalidad de los animales no hay diferencia absoluta, radical, en el órden intelectual. Todas las facultades del hombre se hallan sin excepcion en los animales, aunque en el estado rudimentario; y hasta algunas se manifiestan muy desarrolladas, mientras que otras lo están mas aun que en nosotros. Lo que constituye nuestra supremacía, nuestro juicio é inteligencia, nuestra facultad de observar con exactitud, no es la propiedad exclusiva de facultades particulares, sino

vivos de genio se informan con perseverancia sobre sus creencias y supersticiones, y concluyen al fin que los indígenas no forman de cosa alguna ningun concepto que no esté conforme con lo razonable, hallándose persuadidos de que mueren como los demás. ¿A quién hemos de creer? Por regla general, bastante singular, todos los misioneros, sea cual fuere la Iglesia á que pertenezcan, vuelven con la convicción de que los salvajes creen en Dios, en el alma y en el diluvio; mientras que los viajeros indiferentes obtienen informes muy distintos. Es porque el indígena trata en todas partes de complacer á aquellos con quienes tiene algo que ganar, comprende los deseos del misionero y los satisface. Es de todo punto incontestable que la carencia de ideas abstractas constituye un hecho característico muy comun entre las tribus salvajes; los menos favorecidos viven al día, sin cuidarse del mañana; el miedo les impela á ver en todas partes espíritus malignos, á crearse fetiches ó ídolos; pero el sentimiento inverso, el agradecimiento á quien les hace bien, inclínalos poco á imaginar espíritus benéficos.

la suma de ellas, ó mas bien, su mutuo y perfecto equilibrio. A cada instante obsérvase que en el loco se eleva una facultad á un grado superior al que alcanza en el hombre sano: fijémonos en esta consideración, y el loco podrá parecernos un genio; pero junto á esta facultad otras están deprimidas; hay ruptura de equilibrio, y por lo tanto falta la razón. El carácter intelectual del hombre en general, y sobre todo del hombre sabio é independiente, es la ponderación exacta de todas sus facultades, y no su multiplicidad ó la exaltación de algunas.

Hay otro carácter fisiológico que se relaciona con las funciones del cerebro, y que los antropólogos consideran sin embargo como exclusivo del hombre: nos referimos á la facultad del lenguaje, ó de articular sonidos. Segun la doctrina de la derivación del hombre de las formas animales menos perfeccionadas, aquel debió nacer el día en que poseyó esa facultad.

FACULTAD DEL LENGUAJE.—Muchos animales, si no todos, se comunican mutuamente los pensamientos relativos á su vida habitual; tienen entonaciones de voz, modulaciones que corresponden cada cual á una intención determinada. Expresan de diferentes maneras el miedo, la alegría, el padecimiento, la necesidad de comer y la de reproducirse; se hacen comprender de los suyos, de la hembra y de los hijos; se advierten la aproximación del peligro y su naturaleza; mas no articulan en general. Algunos asocian un reducido número de consonantes á las vocales, pero las repiten mas que las varían; y por tal concepto el lenguaje de las aves es el que mejor merecería este nombre.

Entremos en algunas explicaciones. Existe una «facultad general», llamada «de expresión» (Gaussin), ó sea la de representar una idea con un signo, comun al hombre y á los animales. Las facultades de gesticular y de hablar son los diversos medios de hacerlo, y tal vez la música y el dibujo sean otros. La facultad mímica existe evidentemente en los animales: el perro que pára la caza y vuelve la cabeza para ver si su amo le sigue, ó que araña la puerta para que le abran, es una prueba de ello.

Como ningun animal tiene la mano perfeccionada del hombre ni ha recibido instrucción alguna por este concepto, no debe extrañarse que carezca de la facultad gráfica. Resta la facultad vocal; pues debemos omitir el canto de los insectos, que se efectúa por el frotamiento de sus élitros. Sin duda alguna, estos animales expresan ideas por tal medio. M. Coudereau ha analizado cuidadosamente el variado lenguaje de la gallina y las entonaciones múltiples correspondientes á cada órden de las ideas que sugiere el reducido número de sentimientos y necesidades en relación con su modesta existencia; pero en este lenguaje y en el que hablaba tal vez el mono aullador antes citado, ¿hay sonidos articulados ó algunas sílabas mas ó menos englobadas que merezcan este título? Recordemos que las lenguas primitivas habladas por el hombre eran monosilábicas, segun todos los lingüistas, y que muy pocas sílabas elementales bastan para constituir una lengua articulada en el origen. La cuestión se reduce pues á saber cuántos sonidos articulados ó sílabas sencillas se necesitan para tomar el nombre de lengua, y dónde está el límite entre el lenguaje relativamente perfeccionado de algunas especies animales y el lenguaje primitivo de nuestros antepasados mas inferiores. Inútil es añadir que no pensamos en el loro, el cual no da sentido á lo que dice, y sí en los monos, por ejemplo, que hacen uso de sílabas diversas con intenciones diferentes.

Analicemos el mecanismo de la palabra humana. El aire espirado por los pulmones entra en vibración en la laringe, donde se forma la voz, y atraviesa la boca, en la cual se

hace la articulacion. Los músculos de la laringe modifican la primera; los del velo del paladar, de la lengua, de las mejillas y de los labios se encargan de la segunda; pero estos últimos se contraen tambien con otros objetos y están animados por diferentes nervios, cuyo estímulo en su origen solo produciria contracciones desordenadas sin fin alguno. Hay pues mas allá de su origen centros particulares que corresponden á cada una de las funciones que se han de llenar, en los cuales se coordinan los movimientos apropiados y á los que llegan las órdenes del pensamiento. El centro relacionado, no solo con la articulacion en general, sino con cada sistema particular, es bien conocido gracias á las experiencias en el sér viviente que la naturaleza hace en nuestro favor. Cuando el cuadrilátero indicado por M. Broca en la extremidad posterior de su tercera circunvolucion frontal sobre todo á la izquierda, recibe una lesion aguda, la facultad de articular se perturba ó queda suprimida (1).

El fenómeno, reducido á su mas simple expresion se designa con el nombre de «afemia:» el enfermo conserva su inteligencia, expresa sus ideas por ademanes ó por escrito, mueve la lengua y los labios, y produce sonidos, pero no puede articular; conserva la facultad general de expresarse, mas ha perdido el uso de la palabra. Otras veces la lesion es mas considerable; el enfermo conserva todavia sus ideas, pero no puede emitir las por escrito ni de ningun otro

modo; y por último, hay casos en que la lesion es aun mas extensa, y entonces se pierde hasta la inteligencia.

Hé aquí, pues, la serie de operaciones que exige el lenguaje, y á las que corresponden otros tantos órganos mas ó menos distintos: 1.º el pensamiento y la voluntad; 2.º la facultad general de expresarse; 3.º la facultad particular de articular; 4.º la trasmision por los nervios; y 5.º la ejecucion por los músculos. Estas funciones están perfectamente enlazadas y se desarrollan considerablemente en el hombre, pero ¿sucede lo mismo en el animal? El animal tiene las ideas, posee la facultad de expresarse y de articular algunos sonidos, pero todo esto se halla en estado rudimentario. En el hombre, en cambio, todo adquiere grandes proporciones: sus ideas se han multiplicado á través de las edades; su facultad de articular se ha perfeccionado con el uso; sus nervios y sus músculos se han acostumbrado á obedecerle con precision; y así como un instrumento produce sonidos mas armoniosos á medida que los dedos que le tocan adquieren mayor agilidad, y el pensamiento musical que los dirige mas vigor, del mismo modo el lenguaje humano ha debido comenzar por ensayos tímidos y desarrollarse poco á poco progresivamente en el trascurso de los siglos.

Pero ¿fué la multiplicacion de las ideas la que primitivamente dió origen al lenguaje, ó éste el que impulsó el desarrollo de las ideas? Hé aquí la cuestion.

CAPITULO V

CARACTERES PATOLÓGICOS.— ENFERMEDADES, HECHOS TERATOLÓGICOS. MICROCEFALIA, HIDROCEFALIA, SINOSTOSIS PREMATURAS.— DEFORMACIONES ARTIFICIALES DEL CRÁNEO.— CONCLUSION SOBRE EL LUGAR DEL HOMBRE EN LA CLASE DE LOS MAMÍFEROS.

Los ESTADOS PATOLÓGICOS no son sino una desviacion del estado fisiológico; decláranse en los órganos vivos é interesan en todo su sér al hombre que circula y funciona. El capítulo de los caracteres patológicos, aunque importante, no es de consiguiente sino secundario respecto á nuestra division general de los caracteres fisiológicos.

Los puntos de este horizonte, interesantes para el antropólogo que solo ve la comparacion del hombre con los demás mamíferos, son de tres órdenes: 1.º las enfermedades comunes al hombre y á los animales, tan numerosas, y las muy pocas que son especiales del uno ó de los otros; 2.º las perturbaciones en el desarrollo regular del cuerpo, cuando pueden arrojar alguna luz en el problema de los orígenes de la organizacion; 3.º las alteraciones particulares del esqueleto que pueden confundirse con el estado normal.

Las leyes de la patologia son las mismas en la serie de los

(1) En los microcéfalos que nunca pudieron aprender á hablar se ha encontrado atrofiada, en la autopsia, la tercera circunvolucion frontal. Se ha preguntado por qué la facultad del lenguaje parece localizarse, ó mejor dicho ejercerse mas á menudo á la izquierda. De las dos explicaciones que se han hecho, la de M. Broca es la admitida generalmente. No sucede esto, dice, por casualidad, sino por que el hemisferio izquierdo, que preside los movimientos del lado derecho en virtud del crecimiento de los nervios no lejos de su origen, tiene desde su nacimiento mayor actividad. El exceso de esta se propagaria á todas las funciones de que ese hemisferio es el asiento, y particularmente á la de articular. Sin embargo hay excepciones, es decir, personas que primitivamente, ó á consecuencia de una perturbacion en el hemisferio izquierdo, hablan con el derecho, así como hay zurdos primitivos y consecutivos, por ejemplo, á causa de una amputacion á la derecha.

mamíferos, como las de la fisiología de que dependen; de modo que sus efectos son idénticos de una manera general. Los animales están sometidos, como el hombre, á varios accidentes y vicios del desarrollo, y á enfermedades, agudas y pasajeras unas, crónicas y de larga duracion las otras; tienen los inconvenientes de la juventud como los de la senectitud. Por una y otra parte se observan afecciones inflamatorias y reumáticas, fiebres eruptivas, tifus y neurósis; las únicas diferencias resultan del terreno en que se manifiestan estas enfermedades y en los síntomas que se producen. Tanto difieren las enfermedades que atacan á los europeos de las que se declaran en los negros como las del hombre de las de los animales.

Así, por ejemplo, las «aguas en las piernas» del caballo son la misma enfermedad que la «viruela» de la vaca y la del hombre: los ensayos de inoculacion lo han demostrado claramente; de la epizootia de los carneros podemos decir sin duda lo mismo; y tambien el cerdo es atacado de la viruela. La «sangre de bazo» de las ovejas es el «carbon» de las especies de ganado mayor y la «pústula maligna» en el hombre. Inútil parece decir que las afecciones cutáneas no tienen el mismo carácter en el grueso cuero del caballo que en la fina piel del europeo; de este al negro hay diferencias por tal concepto. De la misma manera, siendo el sistema nervioso menos impresionable en los animales, la reaccion no es tan viva, ni la fiebre tan sensible. Así como nosotros, el animal es dispéptico, asmático, tuberculoso ó canceroso; así como en nosotros, los elementos constituyentes de su sangre, glóbulo, albumina y fibrina, aumentan ó disminuyen,

produciendo la anemia, la hidropesía y el escorbuto. Todo alimento que no sea la leche destinada á amamantar la prole, ocasiona en los animales recién nacidos la diarrea, lo mismo que en el hombre. Tambien pueden tener agallas durante la salida de los dientes: un orangutan pequeño murió á nuestra vista por causa de las perturbaciones de la dentición, que se hubieran conjurado tratándole como al hombre. El acaro, que engendra la sarna, puede diferir como especie, pero sus efectos son en el fondo idénticos. Los parásitos en general, los entozoarios, varian como en el hombre, por lo demás, de un clima á otro; pero por el mismo concepto que los piojos en los vegetales. La hidrofobia se declara en el perro, el gato, el lobo, el zorro, la vaca y el caballo, lo mismo que en el hombre (Trousseau). La sífilis existe en los monos: un *macacus sinicus*, segun observacion comunicada á la Sociedad de antropología de Lóndres, en 1865, presentó las tres series de fenómenos: la ulceracion de las partes sexuales, la caída del cabello y la alteracion de los huesos. Ni aun las enfermedades cerebrales son peculiares del hombre: el delirio se declara en los animales bajo varias formas, pero son mas frecuentes en aquel por causa de la importancia del órgano que contiene el cerebro, de su actividad y de la delicadeza de sus manifestaciones.

En una palabra, los tipos patológicos son los mismos en la serie de los mamíferos, y únicamente se modifican al pasar de una especie á otra. Las enfermedades especiales de una ó varias de estas especies, son raras como el muermo, que parece ser exclusiva del hombre y de los solípedos. Por lo demás, la patologia animal está poco adelantada, y apenas se ha estudiado hasta ahora mas que en las especies domésticas de nuestros países.

Las ANOMALÍAS DEL DESARROLLO son, á nuestro modo de ver, de cuatro clases. Las unas se producen fisiológicamente durante la vida, como por ejemplo, los gigantes y la polisarcia; las otras son congénitas, pero se pueden modificar ó desaparecer despues del nacimiento; las terceras son congénitas é irremediables, excepto algunos casos en que se corrigen por la cirugía; particularmente se llaman *monstruosidades ó fenómenos teratológicos*; las cuartas son las anomalías de los órganos descritos en la página xxxviii con el nombre de *reversiones*.

Entre los *gigantes* se puede citar un finlandés que media 2^m,83 y un kalmuco de 2^m,53 cuyo esqueleto se halla en el Museo Orfila. En oposicion están los enanos, pero en su mayor parte son raquíticos: el célebre Bebé del rey Estanislao de Polonia media 89 centímetros, y otro de veinte años de edad y 56 centímetros de altura fué ofrecido á Henriqueta de Francia en un pastel.

El peso ordinario del hombre es de 63 kilogramos, segun Quetelet, y el de la mujer de 54. Se han visto enanos que solo pesaban de 4 á 8 kilogramos. En la *polisarcia*, ú obesidad, el peso excede á menudo de 150. En Nueva-York hay una Sociedad de hombres gordos, cuyo presidente pesaba en 1873, 305 libras. Dos ingleses hermanos, pesaban el uno 233 kilógs. y el otro 240 (Sappey); y otro, medido en 1724, tenia 1^m,92 de circunferencia por 1^m,86 de altura. Barrou habla de una mestiza de la colonia del Cabo que permaneció doce años en su lecho, donde murió abrasada viva, pues habiéndose prendido fuego á la casa, la puerta y la ventana no fueron bastante anchas para sacarla por allí.

Dáse el nombre de *albinos* á los individuos en que la materia pigmentaria falta hasta el punto de que la piel y el cabello sean incoloros y el iris trasparente, careciendo la cara interna de la coroides de la materia negra destinada á absorber el exceso de los rayos luminosos. De aquí resulta que no pueden soportar la luz del sol y ven mejor de noche que

de dia. Sus globos oculares están afectados de un *tic* continuo muy incómodo; la piel es descolorida ó de un blanco mate, como tambien el cabello; y los ojos rojizos por la transparencia de los tejidos, que dejan ver la sangre circulando en los capilares: los albinos son indolentes y carecen de vigor muscular.

Hay albinos incompletos que presentan todos los síntomas anteriores, pero en menor grado; pasan desapercibidos fácilmente entre los blancos, pero son muy notados entre los negros; tienen el cabello rubio ó rojizo; los ojos de un azul claro ó rojizos tambien, y la piel de color de café con leche ó con manchas.

Los dos grados se encuentran en todas las razas y todos los climas: en la costa occidental de Africa son objeto de veneracion en algunas cortes indígenas, particularmente en el Congo, donde se les da el nombre de *dondos*. El doctor Schweinfurth ha visto muchos en el país del rey de los Mombutus, á orillas del Bahr el Ghazel. Prichard deducia de su presencia entre las poblaciones mas negras del globo un argumento muy poderoso en favor de la influencia de los centros y de la derivacion de todas las razas humanas de una misma pareja primitiva. Complaciase en insistir sobre este punto, y era sin embargo el primero en reconocer que tenían el cabello tan lanoso y las facciones tan negras como sus compatriotas de la misma tribu. Lo repetiremos, el albinismo no es otra cosa sino una monstruosidad, un estado patológico, habiéndose visto individuos que curaron espontáneamente. Nunca se estará, pues, demasiado prevenido contra la confusion á que pueden dar lugar en los relatos de los viajeros.

Una afeccion cutánea llamada *pitiriasis versicolor* produce en los blancos una decoloracion parcial análoga en algunas partes de la piel; mientras que el pigmento, acumulándose en otros, los hace parecer mas oscuros: en este caso no intervienen para nada los ojos. Opinamos que lo que se ha llamado *negro pio*, describiéndose como un albinismo parcial, no es otra cosa.

La afeccion escamosa llamada *ictiosis*, con frecuencia muy pronunciada y hereditaria, de la cual nos habla Mr. Darwin repetidas veces, y á la que deben los infelices atacados el epíteto de *hombres puercos-espines*, no tiene interés alguno para el antropólogo.

Lo mismo podemos decir de los individuos recientemente enseñados en Paris, á los cuales se daba el nombre de *hombres perros*, que tenían la cara cubierta de cabellos largos, recios y abundantes. De origen ruso, segun se aseguró, presentaban además un vicio de desarrollo en el sistema dentario. En las Indias y en Birmania se han dado á conocer casos análogos, hereditarios en tres generaciones.

Las *monstruosidades*, de las que existe una gran variedad, prodúcense en el trascurso de la vida embrionaria ó fetal por una predisposicion hereditaria, por un accidente sobrevenido á la madre ó por una enfermedad del feto; debidas á un exceso ó perversion del desarrollo, unas son compatibles y las otras incompatibles con la vida. No es necesario comparar los dos sistemas adoptados para explicarlos, uno de la *preexistencia* de los *gérmenes*, sostenido por Winslow, del cual se ha prescindido ya, y que quiere que el embrión represente el sér futuro completo; y el otro de Serres y de Isidoro Geoffroy Saint Hilaire, llamado *epigénesis*, expuesto ya en la pág. xxxix, y por el cual se admite el desarrollo progresivo. Entre esas monstruosidades citemos la *polidactilia*, ó la existencia de cuatro á siete dedos en las extremidades, que se ha visto perpetuada durante siete generaciones; la inversion de las vísceras, en la que solo el corazón está á la derecha, ó todas las vísceras están invertidas; el acéfalo, en el que no hay ves-